

ban llenas de curiosos; veíanse las representaciones de los pueblos y los barrios desde Escamela hasta la garita; el ejército francés formó valla desde el puente de Gallardo hasta la casa destinada al general; la artillería para las salvas estaba al otro lado de ese puente. Forey se alojó en la casa del Sr. Lama y en el balcón vió desfilar las tropas que habían salido á recibirle.

La entrada se verificó á las diez de la mañana; salió desde las seis á recibirlo Almonte vestido de uniforme, á caballo y seguido de su Estado Mayor; á las ocho salieron con el mismo objeto el Ayuntamiento, el obispo Ramírez y otras personas; un cuarto de hora después partía Laurencez también con su Estado Mayor. Los municipales iban en carretelas precedidos por los maceros; las músicas de los indios tocaban y lanzaban cohetes. Almonte, seguido de un escuadrón perteneciente al regimiento de caballería que llevaba el nombre de "Puebla," avanzó hasta un punto llamado el Cacalote y al entrar á Orizaba ocupó un lugar á la derecha de Forey, la escolta que llevaba se formó en batidores abriendo la marcha de la columna. En la garita de Escamela le dieron la bienvenida el Ayuntamiento, el señor Obispo y el cura párroco. Al contestar al jefe político Tamariz le dijo entre otras cosas: "que había visto por sí mismo confirmados los informes dados al Emperador acerca de la situación de este desgraciado país, en el que no hay caminos, no hay poblaciones, todo es un desierto; el país está asolado por la anarquía y por las guerras civiles de cuarenta años." Repitió que traía la oliva de la paz; deseaba la unión de todos y que desaparecieran los nombres de reaccionarios, moderados y rojos, debiendo trabajar todos en la obra digna y meritoria de regenerar á su país bajo la protección del glorioso pabellón francés. Dijo que el ejército no venía á imponer á México un gobierno contrario á los deseos de los mexicanos, ni á apoyar á ninguna persona ni á combatir ningún partido, si no era el de Juárez y sus adictos, porque tiranizaban la voluntad de los verdaderos mexicanos; que le derribaría aun cuando fuese necesario dar batallas y plantaría triunfante en la capital mexicana el victorioso pabellón de la Francia; entonces llamaría á todos los mexicanos verdaderamente amantes de la independencia de su Patria, sin distinción de partidos, á los "que habían aceptado la Intervención francesa y que fueran dignos intérpretes de la opinión nacional, para que constituyesen libremente, sin la opresión de la demagogia, la forma de gobierno sólida y estable que les conviniera." Cualquiera forma de gobierno que eligiera el pueblo mexicano, sería protegida por la Francia, con tal que ofreciese estabilidad y diera las convenientes garantías de orden á nacionales y extranjeros y al mundo comercial; tales eran los votos del Emperador, siendo la misión de Forey el ejecutarlos, para lo cual estaba enteramente resuelto. Concluyó refiriendo que al despedirse del Emperador le dijo éste: "dad á ese desgraciado país paz y prosperidad," y que él había contestado: "se la daré ó moriré en la demanda."

Poco después fué Forey á almorzar con Laurencez y mandó citar para las tres de la tarde á Almonte y Saligny, con quienes conferenció hasta las seis. Media hora después se dirigió vestido de gran uniforme cubierto de condecoraciones y con



*Monseñor Fray Francisco Ramírez*

Obispo *in partibus*. Hallábase en el territorio mexicano desde el principio de la Intervención francesa. Presentado en Orizaba á Forey, le declaró éste que todo lo relativo á las leyes de Reforma pertenecía á los hechos consumados que la Francia había de sostener. Fué el Señor Ramírez miembro de la Junta de Notables y del Consejo de Estado que creó Maximiliano; formó parte de la comisión enviada á Roma en Febrero de 1865, para dar al Santo Padre satisfacción por lo ocurrido con Monseñor Meglia y reanudar las relaciones con la Corte romana; pero no siendo recibida oficialmente, nada pudo arreglarse.

todos sus ayudantes, á la casa del Sr. Bringas, donde se le ofreció un convite al que concurrieron treinta franceses y veinte mexicanos, habiendo asistido también Laurencez que se retiró antes de que concluyera el acto; hubo muchos brindis y tocaron en el interior la música del 99 y afuera una de mexicanos; el banquete terminó á las nueve de la noche. Forey brindó por la unión de los mexicanos, repitió que no venía á conquistar á México y que abrigaba la esperanza de que todos los patriotas acudirían á su llamamiento luego que ondeara en la capital de México el pabellón francés. A este brindis correspondió Don Juan N. Almonte, haciéndolo por el Emperador, la Emperatriz y el Príncipe imperial; porque se realizaran gloriosa y satisfactoriamente las intenciones y deseos de Su Majestad Imperial, dejando á México feliz y próspero. Dirigiéndose Forey á algunos miembros del clero que se le presentaron, los conjuró á que predicaran la reconciliación y el olvido de los odios, añadió que esperaba del patriotismo del clero mexicano que aceptaría los hechos consumados, conceptos que indicaron cuál era la política que la Intervención seguiría en asuntos eclesiásticos.

Al presentarse á Forey el señor Obispo y el cura párroco, dijoles: que aprovechaba la ocasión de ver ante él á representantes dignos del venerable clero, "para excitarle á que pusiese en ejecución toda la influencia que sus ministros ejercen sobre las conciencias;" que esperaba que en todas las ocasiones que se ofrecieran predicarían la reconciliación de los mexicanos y el olvido de sus recíprocas ofensas; sabía que el pueblo mexicano era eminentemente católico, lo mismo que el de Francia, de la cual debía esperar la protección; "pero que era de esperarse del patriotismo del clero mexicano, que aceptara ciertos hechos consumados," pues otro tanto había hecho en Francia en la gran revolución de 48, facilitando allá la abnegación del clero francés y su ilustración, la pacificación del país y de la Europa; por lo tanto, era lícito esperar del clero mexicano igual abnegación y que sacrificase sus intereses personales, á los generales de la Nación.

Llegaba á Orizaba Forey un mes después de haber desembarcado; allí publicó un nuevo Manifiesto, en que se refería á la proclama que expidió en Veracruz el día 24 del mes anterior; manifestaba que se le había asegurado que había en el país pocas simpatías por los franceses y que los mexicanos les eran hostiles. "¿Somos nosotros, dijo, acaso enemigos que vienen á asolar, á destruir, á atentar contra vuestra independencia, imponiéndoois nuestra ley? ¡No! Nuestra misión es la de respetar vuestras propiedades, vuestras costumbres, vuestras leyes, á las que si alguno ataca, me veréis pronto á castigarlo."

"¿Atentar á vuestra Independencia? ¡Ah! Eso es lo que escritores faltos de sinceridad, los agentes de un gobierno que por su pasada conducta no podemos ver como la expresión de la voluntad nacional, os dicen diariamente: no los creáis, os engañan; nosotros venimos á saber qué gobierno deseáis; y cuando la Nación, libre y lealmente consultada haya manifestado su voluntad, Francia la reconocerá y unirá sus esfuerzos para hacer de México una nación libre, que marche, ayudada de buenas instituciones, por la vía del progreso; una nación, en una palabra, en

cuyo gobierno encontrarán las otras la buena fe que debe reinar lo mismo entre los pueblos civilizados que entre los individuos." "Tal es nuestra misión; ¿ella por su naturaleza debe alejaros de nosotros? No; al contrario, debe unir el noble pueblo mexicano á la nación francesa, y los unirá." Véase Forey obligado á hablar de una manera y obrar de otra, pues al lado de las promesas contenidas en sus proclamas, estaba el decreto desterrando á los prisioneros de guerra á la Martinica.

El siguiente día, á las seis y media de la mañana, pasaron revista al pie del cerro del Borrego las tropas francesas y fueron arengadas por el general en jefe, que les recomendó el orden, la moderación, y que dieran buen ejemplo á los mexicanos; habló en favor de Saligny, "porque al fin era representante de la Francia" y ya estaba á las órdenes del general en jefe; les dijo que había prometido al Emperador traer á México la paz y la civilización y que lo cumpliría ó perecería en la demanda. Concluida la revista citó á junta de guerra que comenzó á la una y media de la tarde. El 28 de Octubre llegaban el navío "Soberano" y otros conduciendo siete mil franceses, en tanto que muchos zuavos desertaban pidiendo ser internados á la República. Dispuso Forey algunos movimientos de tropas; mandó pagar las de Márquez; situó una partida de éstas y de las francesas en la hacienda de Monte-Blanco, de donde salieron á atacar á Chocamán y ordenó que se estableciera ese general en el Ingenio. De Francia vinieron ingenieros para estudiar la apertura de ferrocarriles en la República; se recibió alambre para telégrafos y se trataba de establecer aquí un banco mercantil.

El general Elías Federico Forey, nacido en París el año de 1804, había llegado á general de división, senador del Imperio, gran cruz de la Legión de Honor y comandante en jefe de la expedición á México, después de treinta y siete años de servicio efectivo y veinticinco de campañas en Africa, Francia, Crimea é Italia. Estudió en la escuela de Saint-Cyr, de la que salió nombrado subteniente de infantería; fué oficial instructor y agregado al ejército de Argelia; asistió á las principales batallas habidas allí hasta el año de 1834, en que regresó á Francia. En 1840 era comandante de batallón y cuatro años después fué promovido al grado de coronel. En 1848 ascendió á general de brigada y con este carácter pasó la revolución de Febrero, permaneciendo al lado de la autoridad. Apoyó á Luis Bonaparte el 2 de Diciembre de 1852 en el famoso golpe de Estado y secundó con resolución la política del Eliseo, siendo uno de los generales que más contribuyeron al cambio radical en el gobierno de la Francia. Entonces el nombre de Forey comenzó á adquirir cierta celebridad; ascendió á general de división y fué distinguido por el nuevo Emperador, que deseaba facilitarle la ocasión de que luciera sus cualidades de militar. En la guerra de Crimea, al morir el mariscal Saint-Arnaud, estuvo encargado interinamente del mando en jefe del ejército de Oriente, en el que no faltaron acerbas críticas de su conducta, haciéndole figurar en las anécdotas de aquella memorable guerra, por haber sido una vez sorprendida y derrotada una parte de la fuerza que mandaba; regresó sin ascenso ni condecoración alguna, si no fué la concedida por el sultán y una cruz inglesa.

Reparó en la guerra de Italia esas faltas, pues fué uno de los primeros en presentarse y derrotar á los austriacos en Montebello y Solferino, sufriendo en esta última jornada una herida de bala; obtuvo asiento en el Senado francés y después le escogió Napoleón entre muchos candidatos, para el importantísimo mando de la expedición á México, nombrándole general en jefe y Embajador plenipotenciario, aunque no se había distinguido como hombre político, ni como negociador, carrera para él enteramente nueva y contraria á sus hábitos. El general Forey debía su posición al golpe de Estado del 2 de Diciembre; encargado de proceder al arresto de los representantes del pueblo reunidos en la sala municipal del décimo distrito, supo cumplir fielmente las órdenes. Era de carácter cáustico, violento, y todo lo quería resolver al uso militar. Así, en los primeros días de su llegada á México, declaró sin rodeos que era una farsa el gobierno instituido por el general Almonte. Por medio de un aviso estableció reglas para la seguridad de personas y propiedades y ofreció amplia amnistía á los que prometieran vivir como buenos ciudadanos.

El 2 de Noviembre se reunieron en la sala municipal de Orizaba, varios vecinos citados por orden que el general Forey dirigió al jefe político general Don Francisco de P. Tamariz; ante aquella junta se presentó el comandante de batallón de la guardia imperial Mr. Billard, encargado de la dirección de los negocios políticos y dijo: que supuesto que el Ayuntamiento había renunciado, y deseando que se eligiera otro con la legalidad posible, había citado esa reunión para presentarle la lista de las personas que en concepto del general Forey debían llenar los puestos de jefe político, alcaldes, regidores y síndicos, incluso los respectivos secretarios; pidió que después de examinada la proposición, manifestaran los concurrentes su voluntad de elegir á las personas designadas, que eran para jefe político Don Alonso Manuel Peón, secretario Don Silvestre Moreno Cora; alcalde primero Don José A. Vivanco Argüelles; regidor primero Don Gregorio Uruñuela y secretario Don Alonso Luis Peón. Presidió la junta electoral Don Ramón M. Seoane, fungiendo de secretario Don Eduardo Guevara.

En el Ayuntamiento nombrado por Forey en Orizaba había tres liberales, lo que fué considerado como una prueba de los pensamientos de fusión en que se inspiraba la política francesa. Forey recibía todos los jueves á los oficiales franceses y mexicanos, y en el último del mes de Octubre le fué presentado el clero por el general Almonte, acompañando al obispo Monseñor Ramírez, el cura y otros ocho eclesiásticos. El Obispo dió las gracias al general Forey por haberle visitado primero é invitado después, lo mismo que á los demás miembros del clero á sus tertulias, y le aseguró que el clero mexicano apoyaría la Intervención influyendo sobre el pueblo. Forey le dijo que el clero debía llevar una vida edificante y hacer que las oblaciones del pueblo fueran patrimonio de los pobres. El Sr. Ramírez le contestó que el clero no era rico, aunque sí lo era el culto; el general francés recomendó que el clero no se mezclara en la política ni abrazara ningún partido, y se le aseguró que así lo había hecho y que había sido víctima de los dos partidos.